

LA HISTORIA Y SU ENSEÑANZA

*Pedro Rodríguez Crespo**

I

Los historiadores no sólo escriben para sus colegas, en un lenguaje conocido por iniciados, sino tienen el deber de dirigirse a un amplio público, usando el idioma en que nos comunicamos. Se trata de poner al alcance de la sociedad todo aquello que sirva para comprender el valor humano que tiene la historia. Por esta responsabilidad es necesario reflexionar sobre las relaciones entre la investigación histórica y la enseñanza.

Cuando nos preguntamos por qué enseñamos Historia, se responde con frecuencia que es necesario conocer un hecho, que es inadmisibles que se ignore tal otro. Se ha arraigado la idea que considera a la Historia como una colección de fechas y acontecimientos que hay que conocer y recordar; punto de vista mundano, la consideraba Lucien Febvre, pues el objeto de la enseñanza no se satisface con la formación de hombres cultos y enterados.

Por otra parte se concibe a la Historia como un tribunal de justicia. La enseñanza se dirige a presentar el pasado como un

* Pontificia Universidad Católica del Perú.- Departamento de Humanidades.

conjunto de conductas humanas, que se debe enjuiciar y sentenciar. Todavía se escucha: "Apelo al tribunal de Historia", como algunos reclaman, cuando se creen víctimas o cuando pretenden eludir responsabilidades.

Como lo señalamos esta opiniones como muchas otras comprometen a la naturaleza de la Historia como pasado y a la Historia como conocimiento.

II

Por eso creemos pertinente una ligera referencia a las discusiones planteadas dentro del campo de la Historia y fuera de ella, resultado de la natural evolución del concepto de Historia.

A comienzos del siglo, Seignobos afirmaba que "la historia es la ciencia de los hechos que ocurren una sola vez". Era cierto respecto a la naturaleza del pasado, pero despertó el escepticismo sobre el conocimiento histórico. Muchos pensadores señalaban la contingencia de los hechos históricos y denunciaban la subjetividad de los historiadores. En este clima, Paul Valery decía: "La historia es el producto más peligroso que la química del intelecto haya elaborado... Embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsos recuerdos... La historia justifica lo que se desee".

La respuesta de los historiadores de oficio no se hizo esperar. Fustel de Coulanges afirmaba: "La historia se hace con textos". De esta manera postulaba una ciencia objetiva, resultado del frío trabajo de los eruditos.

Al pie de esta discusión, repitamos la pregunta: ¿Por qué enseñamos Historia? Si aceptamos que la Historia es la ciencia del pasado humano y que este pasado es una realidad concluida, inmodificable, que no necesita ser conocida para ser aceptada, debemos justificar la Historia y su enseñanza, rescatando la relación que existe entre el que pregunta por el pasado desde el presente, que es el historiador y el mismo pasado.

El pasado cercano o remoto vive en nuestro presente y actúa sobre nosotros. Aunque el pasado no obliga, nosotros somos porque

otros fueron antes que nosotros, como quería Zubiri. Lo que ellos decidieron como proyecto de vida nos afecta, porque el pasado no ha muerto, vive. Conviene aquí una larga cita de L. Halkin: “La historia ayuda a conocer al hombre... conocer al hombre no significa separarlo de sus raíces, no significa convertirlo en un hijo sin padre. Ningún hombre se ha hecho a sí mismo. El ser más nuevo es una culminación. No por reverenciar las tradiciones o por renegar de ellas está menos marcado por esas tradiciones. La historia está ante nosotros como la tierra misma. Todo se recibe de ella, se vive de lo que ella aporta, en ella terminaremos. El hombre es un animal histórico”.

La enseñanza no debe ser pues el recuerdo exótico de algo que ya fue y que ha muerto, sino el aprecio de la larga experiencia humana, como una de las dimensiones del hombre. El valor humano de la historia justifica su enseñanza.

III

Generalmente se conoce el trabajo de los historiadores por los resultados, por la obra acabada. Queda oculto el largo camino de la investigación, desde el hallazgo de los testimonios, el examen crítico de ellos y el establecimiento de los datos que nos permiten llegar a los hechos históricos.

De la misma manera como el hombre siente curiosidad por lo que le rodea, inquiera por lo que fue. La respuesta a esta curiosidad es el relato histórico, “para que no desvanezca con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres”, leemos en el inicio de las Historias de Herodoto. El relato obliga al establecimiento de ciertas reglas, lo que da nacimiento a la crítica histórica.

Relacionemos el trabajo crítico del historiador con la enseñanza. Muchas veces se afirma que no es posible elevar el nivel de la enseñanza, sin proveerla constantemente de resultados afinados por la investigación, que debe siempre marchar algunos pasos adelante. Es verdad que es necesario un acercamiento, un estar al día, pero esto no soluciona el problema de la enseñanza. ¿Qué es lo que se logra?: una buena información histórica, pero de la que el docente

no es sino transmisor y el alumno auditor y repetidor de dicha información. Todo se resuelve en “saber” historia, pertrechar la memoria. A veces menciones de libros. El panorama se agrava si sobre las verdades repetidas, se ejercita por el docente y el estudiante, una pseudo-crítica: mención de diversos juicios, puro enunciado de opiniones, mucha veces prejuiciosas.

Debemos evitar que la docencia y la investigación se contrapongan en una relación antitética: la investigación encastillada en torres de erudición y la enseñanza, repetición de conocimiento, información de los resultados de una ciencia.

En la enseñanza de la historia, —como en el trabajo del historiador—, conviene que el estudiante ejercite un espíritu crítico, que es la actitud vigilante y atenta, que evita el fácil escepticismo y el peligroso dogmatismo. El alumno debe tomar conciencia, que en historia no es cuestión de creer o no creer, ni de simple examen de opiniones, para elegir una, sino que el ejercicio de un examen crítico, lo lleve a la verdad y que la considere suya.

Sabemos que el investigador frente al testimonio, inicia un largo camino, para establecer la autenticidad de un monumento o medir el grado de credibilidad de un texto para convertirlos en una fuente histórica. Para ello usa las herramientas del oficio. El profesor también debe guiar a los alumnos en el tratamiento de los testimonios del pasado con las herramientas del taller del historiador; aunque serán aprendices inexpertos, lograrán un contacto vital con la historia. Aunque no tenemos autoridad para recomendar los procedimientos didácticos más útiles para conseguir ese objetivo si debemos recordar que los testimonios del pasado, que son huellas humanas, rodean al estudiante y que una sencilla visita guiada, ya invita a la curiosidad, por el pasado vecinal o regional.

IV

Los alcances de la Crítica Histórica como hemos visto nos permiten el establecimiento de acontecimientos del pasado. La preceptiva historiográfica de los historiadores llamados positivistas, señalaba como objeto de la historia, la reconstrucción del pasado (en lo

posible) con toda su realidad y complejidad. Al historiador le competía decir como habían ocurrido los hechos, luego desaparecer frente a su relato, para garantizar la objetividad histórica. Fuera del campo de la historia, de acuerdo a esta limitación, se asignaba a la historia el relato de lo acontecido, el cómo de los hechos y no la explicación de ellos.

Pero el relato de los historiadores constituye una explicación. Si narramos la muerte de César en los Idus de marzo, no estamos narrando las circunstancias de un asesinato, sino singularizando un hecho y otorgándole un significado.

El último capítulo de la metodología de la Historia es pues, la Explicación Histórica. El historiador singulariza el hecho histórico y le otorga un significado dentro de una hipótesis.

Debemos admitir que es difícil conducir al alumno en la explicación de los hechos históricos, que lo conduzca a la verdad histórica, si no llega a comprender que el conocimiento histórico no es la culminación de un largo proceso crítico, sino una respuesta al por qué de los hechos.

La verdad histórica es resultado de un esfuerzo de comprensión del pasado, con las limitaciones de la ciencia humana. Henri Marrou decía: "La historia es un combate del espíritu, una aventura y, como todas las empresas humanas, nunca sabe más que de parciales éxitos, totalmente relativos, sin proporción con las miras y ambiciones de los comienzos; como de toda lucha trabada con los desconcertantes hondones del ser, el hombre sale de ella con un sentimiento agudizado de sus límites, su endeblez, su humildad".

Pero la explicación del pasado es necesaria. Lucien Febvre al replicar a un historiador, que desde una perspectiva ideológica, daba pocas alternativas a los historiadores libres, respondía: "Yo defino gustosamente la historia como una necesidad que experimenta cada grupo humano, en cada momento de su evolución, de buscar y dar valor en el pasado a los hechos, los acontecimientos, las tendencias que preparan el tiempo presente, que permiten comprenderlo y que ayudan a vivirlo".